

BIKENDI BURGOA

Bikendi Burgoa no era un tipo raro. Vivía en un antiguo caserío familiar cerca de Esterenzubi. No tenía coche y se trasladaba de un lugar a otro en su viejo y cansado caballo Pafo, incluso cuando viajaba a Donibane Garazi. Su boina gastada, demasiado grande para esa cabeza tan pequeña, le protegía de la lluvia y el sol, y no se la quitaba ni siquiera cuando entraba en la iglesia a rendir tributo a algún compañero de batalla que ya había abandonado nuestro mundo.

No era un hombre de aficiones ni lujos. Gustaba de pescar truchas en la Nive y visitar cada día el Zubi Eder, un recóndito rincón en pleno Pirineo, muy cerca de las fuentes de la Nive y de los rápidos por donde fluye el río hasta morir. Allí acudía cada tarde, con devoción, y regresaba al anochecer más feliz y rejuvenecido.

Al principio, no quiso contarnos cuál era el objetivo de tan misteriosa visita, pero meses después, cuando su rostro ajado dejó de tener tantos surcos y su mirada comenzó a brillar como las noches de verano, no pudo guardar más su secreto. Se había enamorado de una lamia que vivía en Zubi Eder. Se llamaba Aina y era la lamia más bella que había visto en su vida. Debo advertirles de que Bikendi había visto muchas lamias, sorgiñas, galtzagorris y demás seres bajo las frondosas copas de Irati o cerca de la Nive. Así que Aina debía ser una lamia realmente bella.

Quisimos saber en qué estado se encontraba la relación, pero se mostró huidizo. Las lamias son muy reservadas y no gustan de ser la comidilla de sus convecinos humanos. Unas misteriosas palabras nos preocuparon: “El tiempo lo dirá y yo me iré con la Nive”.

Con el tiempo la congoja nos abandonó, al igual que el propio Bikendi, que desapareció una tarde de tormenta y nieve, cuando la Nive bajaba revuelta y enfadada.